

Gladiador infatigable

Aurelio de la Vega

EN UNA NOCHE DE ABRIL DEL 2001 CONOCÍ PERSONALMENTE, por fin, a Jesús Díaz. Fue en Miami, esa capital curiosa y multicolor de los cubanos fuera de Cuba. En un convivio en unos jardines de Coral Gables, que reunía a varios panelistas convocados para estudiar facetas diversas de Heberto Padilla y para evocar aspectos de épocas anteriores, descubrí a un hombre recio y cordial a un tiempo, serio y ocurrente alternativamente, que miraba de frente y defendía agudamente sus opiniones. Sabía de Jesús a los dos años de aparecer *Encuentro*, esa espléndida creación suya en la que la cultura cubana, comprometida o no, se convertía en la única posibilidad de salvación para una Cuba futura, libre de algarabías totalitarias y nacionalismos de ron y tumbadoras. *Encuentro* se había transformado en la más seria y contundente publicación de temas cubanos de amplia perspectiva: una especie de *Orígenes* sin capillismos ni censuras estéticas. Jesús había logrado el milagro de la supervivencia, contra poderosos enemigos visibles e invisibles, y manejaba sólidamente la magia del conocimiento frente a críticas de todo talante —maliciosas o inocentes, tontas o muy inteligentes— que brotaban de los que entendían poco o entendían mucho, estos últimos esgrimiendo una agenda dirigida y bien financiada. Cuando llegó el quinto aniversario de *Encuentro* hubo alegrados de la efemérides y boquiabiertos ante tal cumpleaños. A través de *Encuentro* supe mucho de la valentía de Jesús Díaz, y me admiré ante su confesión de que se había equivocado por años, época cuando aún creía que la revolución verdeolivo, pese a su rojo marxista, podía quizás ser salvable. Públicamente, Jesús daba cuenta de su error. Aquello me pareció francamente conmovedor, contrastando con el silencio cómodo de tantos artistas, intelectuales, escritores y profesionales del largo exilio cubano, o con esa amable postura de ausencia total de responsabilidad y de autocrítica que muchos exhiben.

Al día siguiente de nuestro encuentro personal Jesús se me creció aún más: lo oí hablar por vez primera con pausado ritmo, repleto éste de matices poéticos. En la Universidad

de Miami, durante uno de los paneles programados, leyó una ponencia de Orlando Jiménez Leal, otro de los que incurrió en la ira del Amo de la Finca Cuba, y de quien por largo término estuvo distanciado Jesús, por estar ambos en bandos opuestos por un tiempo. El autor del informe, ausente, tuvo un lector noble, concluyéndose así otra separación para aplaudir conjuntamente la presente causa común.

Cuando al terminar el simposio Jesús me pidió el trabajo que yo había leído para publicarlo en *Encuentro* comprendí que el no haberlo conocido en sus años de acción en Cuba, de la que yo faltaba ya a partir de 1957, no cambiaba su deseo de tender puentes entre dos generaciones. Su invitación, que acepté tras un examen de perspectiva, confirmaba su afán de revisar la historia cubana republicana, tan distorsionada por la maquinaria gubernamental castrista que ya a esa altura de tiempo había puesto a Jesús —temible enemigo— en la mirilla oficial para desprestigiarlo y anularlo.

Los que conocieron a Jesús Díaz como gladiador infatigable por una causa final en que creyó, los que sólo recuerdan su batallar en los asuntos político-culturales del exilio cubano, no saben, o no quieren saber, que Jesús fue uno de los más brillantes novelistas que tuvo Cuba, tras Labrador Ruíz y Lezama, en la segunda mitad del siglo xx. Su entrega total a la cruzada de *Encuentro* parcialmente frenó un talento excepcional, el cual, sin embargo, logró ganarle partida al tiempo de cada día para dejarnos novelas espléndidas. Diez meses antes de morir, Jesús me había enviado amablemente dos de sus novelas con generosas dedicatorias: *Las palabras perdidas*, escrita con tanta belleza literaria que casi hace olvidar el importante mensaje que encierra, y *Siberiana*, con sus implacables descripciones del invierno ruso nórdico y las condiciones subhumanas de vida en el *otro paraíso*, el soviético en este caso, que nos lleva de la mano a un final de enorme hermosura narrativa y humana.

La obra doble de Jesús —su hermandad intelectual que llevó a *Encuentro* a la posición cimera que ocupa, y su enternecedora creatividad ensayística y novelística— ya entró en el terreno de la inmortalidad histórica. De su vida y obra, tan ricas, puede afirmarse que no fueron en vano. Y mientras los que lo conocieron en vida recuerden su voz, su sonrisa, sus ojos penetrantes, su abrazo, estará viva su presencia, más acá de su sobrecogedora estatura creativa, ya eterna.

Ahora vienen a mi memoria aquellos versos de Dylan Thomas:

La luz irrumpe cuando el sol no brilla;
Donde el mar no corre, las aguas del corazón
Empujan sus mareas.

Leyéndolos, en alta voz, me despido suavemente de Jesús.